

Cuba no era un paraíso ni una excepción

MANUEL E. YEPE

HACE MÁS DE medio siglo que, en Miami, ciertos sectores de la inmigración cubana —cada vez más reducidos respecto al conjunto de esta— hablan de su país natal como de un “paraíso perdido”.

La propaganda contra la Revolución cubana presenta la quinta década del pasado siglo como un periodo de gran prosperidad para “demostrar” las ventajas del capitalismo para la Isla.

Aunque entre los llamados “líderes del exilio cubano” (algunos de ellos devenidos congresistas en Washington) haya unos pocos extremistas que llegan hasta el elogio de la contribución de Batista al desarrollo económico y social de Cuba, la mayor parte de los economistas de origen cubano radicados en Estados Unidos presentan a la década de 1950 como un periodo de prosperidad para Cuba, lamentablemente afectado por los desmanes de la sangrienta tiranía impuesta mediante el golpe de Estado de 1952.

Para ellos, lo deseable habría sido suprimir esa execrable dictadura y restablecer el orden constitucional y la democracia representativa, sin que fueran necesarios más cambios en la vida política, la economía y la sociedad.

Para argumentar esa supuesta prosperidad, estos economistas comparan algunos indicadores económicos de Cuba en aquellos tiempos que son superiores a los de otros países de América Latina y el Caribe y excluyen de la comparación a otros indica-

dores que demuestran lo contrario.

Esa homologación estadística manipulada, en una región caracterizada por las mayores desigualdades económicas y sociales del planeta, les permite inferir que la Isla tenía un notable progreso económico y social, cuando ello debía servir como denuncia de la dolorosa situación por la que atravesaban las naciones de América Latina, con indicadores de desarrollo peores aún que los pésimos de Cuba.

Algunos de los indicadores estadísticos superiores que exhibía Cuba entonces no eran sinónimos de desarrollo, sino de la mayor dependencia de un país considerado de gran importancia para la seguridad nacional de Estados Unidos que constituía, por ello, escenario privilegiado para determinadas inversiones por la garantía que derivaba de su alto grado de subordinación al imperio.

A mediados de la década de 1950, Cuba se convirtió en uno de los principales mercados y rutas del tráfico de estupefacientes hacia Estados Unidos con la consiguiente inyección de considerables cantidades de dinero en proceso de lavado.

Bajo la conducción de líderes de la mafia estadounidense como Meyer Lansky y Santos Traficanti, estrechamente relacionados con el dictador Batista, La Habana vivió un proceso de conversión de la ciudad en Las Vegas de América Latina. Ello trajo un notable incremento del turismo y de la vida nocturna: los ricos, las cúpulas militares y los políticos corruptos integrados con la dictadura vivían bien, pero la inmensa mayoría de

la población no disfrutaba ese bienestar.

La imagen idílica de Cuba en los cincuenta la conformaban nuevos hoteles, casinos, cabarets, tiendas departamentales y grandes y lujosos edificios de apartamentos que cambiaron la fachada de la capital cubana a base del dinero lavado por la mafia y la malversación de los fondos públicos que creció a extremos mayores aún que en los de los igualmente corruptos gobiernos anteriores al gobierno de facto.

Pero lo cierto es que el telón de fondo que tenían los crímenes de la tiranía y la lucha armada insurreccional contra ella, era bien distinto de esa imagen idílica que le han pretendido adjudicar, a la distancia de los años, a la Cuba de los cincuenta: oleadas de niños en busca de su sustento en la mendicidad, limpiando parabrisas de autos, lustrando zapatos o vendiendo periódicos, tanto en calles y plazas de ciudades como en los campos, donde la miseria era extrema; ancianos y discapacitados viviendo de la caridad pública; largas filas de hombres en busca de trabajo y extendida angustia de miles de mujeres gestionando empleo como sirvientas, o como prostitutas en burdeles o ambulantes. Proliferaban bares y garitos con juegos de apuestas para pobres que se encargaban de extraer de la población humilde hasta el último centavo, abusando de su desesperanza ante las realidades cotidianas.

Cuba no era en la época inmediata anterior a la victoria sobre el tirano, ni un paraíso ni una excepción respecto a los demás países de América Latina.



El telón de fondo que tenían los crímenes de la tiranía y la lucha armada insurreccional contra ella, era la desesperanza ante la miseria cotidiana.

Hoy sí es una excepción por sus asombrosos resultados en el ejercicio de la independencia plena y la práctica de justicia social, objetivos que el bloqueo y la hostilidad permanente del imperio no han podido impedir, aunque hayan entorpecido y retrasado el logro de otros propósitos irrenunciables del proyecto revolucionario como un mayor desarrollo económico y una democracia más plena.

No hay enfoque único para llegar al desarrollo

Entrevista a Khalid Malik, director de la Oficina del Informe de Desarrollo Humano del PNUD

AIDA CALVIAC MORA

EL INFORME DE Desarrollo Humano (IDH) es un documento publicado por la Oficina homónima del Programa de la ONU para el Desarrollo (PNUD) orientado a evaluar el nivel de bienestar de un país, y establecer comparaciones a escala mundial. No obstante, desde su primera publicación en 1990 hasta la fecha, ha tenido un accidentado recorrido por la senda de la imparcialidad para la que fue concebido.

El recién nombrado director de la Oficina del IDH, Khalid Malik, ha venido a Cuba a encontrarse con ese universo intangible que escapa a las estadísticas, los indicadores o que escamotea la manipulación política, con aquella premisa fundacional de que la verdadera riqueza de una nación está en su gente. En el inicio de su visita a La Habana, Malik compartió con **Granma** aspectos metodológicos y desafíos de ese mecanismo de consulta e interacción.

¿Qué concepto de desarrollo maneja el IDH?

“Nuestra oficina trata de colocar a las personas en el centro del desarrollo, analizar cuáles son los intereses de los pueblos para saber cómo controlar los recursos. Este desarrollo se basa en tres indicadores: los ingresos, la educación y la salud, aunque la definición necesita ser cambiada a medida que pasa el tiempo.

Analizamos los avances de todos los países y comparamos cómo se comporta un país con relación a otros. El objetivo

sigue siendo muy claro, tratamos siempre de captar qué es lo que tiene valor real para el pueblo.”

¿Qué mecanismos utilizan para garantizar que los datos son veraces y neutrales?

“Somos usuarios de información, o sea, la obtenemos a partir de lo que nos tributan otras oficinas de la ONU con responsabilidades diferentes. Por ejemplo, cuando necesitamos información sobre educación vamos a la UNESCO, de salud a la OMS y el Banco Mundial (BM) nos proporciona la información sobre ingresos. En el caso de Cuba, el desafío es que la información sobre ingresos no es aportada por el BM, de modo que es preciso establecer procedimientos extraordinarios para poder producir cifras creíbles. En Nueva York hemos tenido debates bien interesantes antes de que vinieran nuestros colegas a Cuba, y con ayuda de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y El Caribe) pudimos obtener información suficiente para hacer un estimado lo más adecuado posible. Así es como podemos obtener estas cifras actualizadas para el informe del año 2010, y ahora debemos tener la información para el año 2011. Los resultados para los años 2010 y 2011 colocan a Cuba en la categoría de alto desarrollo humano.”

¿De alguna manera queda reflejado el impacto en los países subdesarrollados del incumplimiento de las resoluciones de la ONU sobre la ayuda para el desarrollo?

“La oficina del IDH es independiente den-



FOTO: JOSÉ M. CORREA

tro del sistema, y nosotros evaluamos el avance año tras año y cómo a nivel mundial le va a los pueblos, a las personas. En cuanto a los Objetivos de Desarrollo del Milenio que se acordaron en el año 2000 existe un proceso aparte para ver los avances en los países subdesarrollados, tanto nacional como internacional. A nivel de país se producen informes regulares elaborados igualmente entre un equipo de Naciones Unidas y el Gobierno local. Existe todo un mecanismo que es independiente de nuestro trabajo que evalúa ese avance. Cada año el informe anual aborda un tema diferente, en el 2010 lo sucedido en esos 10 últimos años, el del 2011 será sobre equidad y sostenibilidad.”

¿Qué opinión le merece el progra-

ma de cooperación de Cuba con los países del Sur?

“La Cooperación Sur-Sur está creciendo de forma considerable. Muchos países han tenido éxito en esta relación, sobre todo en las innovaciones sociales, y compartir esas experiencias ha sido un punto positivo, de modo que todos han comprendido que no existe un enfoque único para llegar al desarrollo. Cada país debe diseñar y definir sus propias direcciones, pero es muy importante que aprendamos unos de otros. Compartir la experiencia cubana con otros, así como permitir que otros traigan sus experiencias, reporta beneficios para todos.”

Cuba alcanza un IDH de 0,760, lo que la ubica en el lugar 53 en el ranking que publica la Oficina, entre 172 países. Esta actualización, tras haber sido omitida del informe 2010, significa un justo reconocimiento a sus resultados en materia social, avalados internacionalmente. Al respecto, Malik comentó:

“Me ha complacido muchísimo que se pudiera aclarar un asunto pendiente, el cálculo de IDH en Cuba. Tuvimos reuniones muy positivas con el Ministerio de Comercio Exterior, con la Oficina Nacional de Estadísticas, y el Ministerio de Relaciones Exteriores. Visitamos instalaciones que se encargan de los adultos mayores, hogares maternos y pude constatar el avance físico. La expectativa es que podamos intensificar nuestra asociación con el Gobierno cubano y particularmente que el PNUD pueda dar mayor contribución. Pienso que ahora tenemos una posición más sólida para seguir trabajando en el futuro.”